



Dr. Ángel Luis Rodríguez Torres

RELATO DEL DOCTOR ANGEL LUIS RODRIGUEZ TORRES

UN CASO DE TIFOIDEA CON SINTOMAS DE APENDICITIS. . .

Nosotros empezamos la lucha el 10 de marzo. Trabajamos durante 30 años en un pueblito pequeño de Las Villas, Cartagena, y el 10 de marzo sublevamos el pequeño pueblo y cerramos el comercio y fuimos al cuartel. Allí les exigimos una definición a los soldados y estuvimos en el cuartel, prácticamente tomado por nosotros. "Nosotros" es esta humilde persona, con una pistolita, pero aquellos señores no se atrevían a definirse en contra del gobierno constituido. Ellos decían: "No, nosotros respetamos el gobierno constituido", pero tampoco se enfrentaban al golpe.

Y así estuvo la cosa, a pesar de que el radio empezaba a dar noticias y noticias, hasta que aproximadamente a las 6 de la tarde y a ellos estaban convencidos de que el golpe se había consolidado. Entonces empezó el conciliábulo entre ellos. A esa hora yo me di cuenta de que en realidad estaba allí expuesto a un simple asesinato, porque ya no podía dominar a aquella gente, estaba yo solo, el pueblo estaba ya desconcertado y entonces nosotros nos retiramos.

Al poco rato se aparece una pareja del ejército en casa y me dice: "Oiga, doctor, nosotros tenemos una situación muy grave, porque lo que ha pasado es que usted prácticamente ha tomado el cuartel, que es de nosotros. Nosotros somos vecinos aquí del pueblo, ¿qué situación es la que tendremos el día de mañana, cuando se sepa lo que ha pasado? Nosotros tenemos que arrestarlos". Entonces yo les dije: "bueno, si ése es el problema, yo estoy de acuerdo, porque en definitiva, que por lo menos quede para la historia que yo no he aceptado este golpe".

Lo ridículo del caso es que nos llevaron preso hasta Cienfuegos y se celebró juicio en la Audiencia. Vean ustedes qué cosa más interesante: un hombre acusado por defender precisamente

la Constitución. Yo creo que fue el único juicio que se celebró en Cuba por este motivo. «

Luego estuve vinculado a la preparación del levantamiento de Cienfuegos en septiembre de 1957.⁴⁷ Con otros compañeros médicos, se me comisionó para organizar la sanidad militar el día de los hechos.

A pesar de que por problemas de coordinación no se me avisó a tiempo y llegué a la ciudad ya comenzada el combate, tuve tiempo de atender a los heridos del bombardeo de Cayo Loco.

Previamente, los días tres y cuatro de septiembre, los aprovechamos para organizar a un grupo de compañeros médicos que trabajaban en la Clínica Moderna y la Colonia Española, con vista a los sucesos que se avecinaban. Se pudo conseguir almacenar cierta cantidad de suero, plasma. Inclusive se logró dar de alta a una serie de enfermos, aplazar operaciones, para contar con las camas y los recursos suficientes en ambas clínicas.

Hubo muchos heridos, hubo muchos muertos, pero en realidad hubo una gran atención, tanto para los heridos de un bando como para los del otro.

Recuerdo que el director del hospital, que no estaba con el movimiento, se negaba a curar —fíjense bien en esto, compañeros— se negaba a curar y a atender los heridos civiles y no atendía más que a los militares. Y yo me presenté en el hospital y formé tremenda bronca porque su conducta era contraria a la nuestra.

La ciudad prácticamente la tomamos y en realidad fueron unas horas de lucha intensa, hasta que ya la cantidad de refuerzos enviados por la dictadura hizo prácticamente inútil la resistencia.

Realmente aquello fue una lucha tenaz todo el día, pero por la noche ya nosotros estábamos totalmente agotados, no había parque, había un desconcierto grande, no podíamos reunir al personal. Y yo recuerdo que pasé a trabajar a la Colonia Española aquella noche, y recuerdo el caso concreto de *Serafín Ruiz de Zárate*, un compañero que después estuvo también en la Sierra del Escambray, a quien le dijo el jefe de la tropa de Matanzas que podía retirarse —él era médico de la Cruz Roja— porque allí no había heridos, para que no atendieran a los heridos.

⁴⁷ Véase nota 36.

Sin embargo, un personal precisamente organizado por nosotros, atendió al Teniente Coronel de Santa Clara, que había sido herido, al mismo tiempo que fue muerto el hijo de él, que era Teniente; sin embargo, a pesar de eso, de que nosotros habíamos atendido los heridos de ellos, después resultó de que para los combatientes del 26 de Julio y los marinos sublevados no hubo cuartel, no se nos permitía ni atenderlos.

Aquella es una de las páginas más dolorosas de la historia de Cuba.

Nosotros estábamos aquella noche luchando por salvar a un muchacho, que estaba en la Colonia, que había perdido un brazo y tuvo una gran hemorragia y hubo que estar haciéndole transfusiones, y yo me pasé la noche allí con él. Después, el padre de este muchacho, que era Sargento de la Marina se enteró de que su hijo estaba allí, vino a Cienfuegos y se llevó al hijo, que si no se lo lleva lo asesinan.

Cuando ya no fue posible resistir más, al otro día tuvimos que desaparecer escondernos en los distintos lugares de la ciudad hasta que pudimos pasar para La Habana.

Luego de una estancia en La Habana el Movimiento decidió enviarme nuevamente a Cienfuegos, pero no como médico, sino como reagrupado y reorganizador de las milicias. Ya mi vida era clandestina y desde fines de septiembre hasta enero de 1958 estuvimos en la organización militar del Movimiento, organizando las milicias de la ciudad, que se recuperaba de los sucesos del 5 de septiembre.

Cuando la ofensiva, se pidió que fueran médicos para la Sierra, el Movimiento me envió.

Llegamos el 3 de agosto.

Después organizamos un hospitalito en Las Peñas, fue *Sarría* el que me substituyó y se hizo cargo del hospital, después que yo había subido a La Plata.

En las Peñas, prácticamente, no curamos heridos, allí no había combates, no había nada, me sentía un poco defraudado, porque decía: "Bueno, pero a esto no hemos venido nosotros". Lo que yo tenía allí eran muchos campesinos que venían a que se les recetara, y se les recetaba.

Entonces decidimos ir hacia La Plata, que fue cuando se nos cayó el caballo y sufrimos la fractura.

Subiendo a La Plata, se me cayó el caballo y llegué a La Plata en malas condiciones porque llevaba una fractura. *Martínez Páez* fue el que me vio y estuve en el hospital de La Plata como un mes.

Ya me sentía bien del pie y entonces pedí que me situaran, y *Faustino* me situó en Las Vegas de Jibacoa en un dispensario para atender a los reclutas de las Minas del Frío.

Allí estuve hasta que se terminó la guerra.

Nosotros tuvimos una vez una reunión de los médicos del territorio libre en Las Vegas de Jibacoa.

Bien, en realidad, cuando estábamos en la clandestinidad, abajo, no hacíamos nada, pero por lo menos corríamos algún riesgo, y cuando llegamos a la Sierra la verdad es que en el territorio libre teníamos tal seguridad que por lo menos yo me acomplejé y me parecía que era hasta un acto de cobardía estar allá arriba.

Y era un acto de cobardía estar allá arriba por lo siguiente: yo no podía ir con las fuerzas guerrilleras por una razón: yo no veo nada de noche. Entonces, si voy con las guerrillas en realidad de lo que sirvo es de estorbo y de peligro para los demás; entonces no debo aspirar a ese honor. El otro era el sentirme un poquito defraudado, porque en realidad no es eso lo que uno desea, uno desea pelear.

Y no era posible que peleara.

Desde el punto de vista médico, nuestro primer enfermo lo tuvimos antes de llegar a Las Peñas, donde hay una finca que creo que se llama "Candelaria", una finca muy grande que era de la "*Like Brook*". Allí vimos un rebelde con una fractura de fémur; tenía su extensión, revisamos aquello y quedamos en volver al otro día para volverlo a curar, porque hacía muchos días que no se curaba la herida. Era una fractura complicada. No recuerdo el nombre de aquel herido.

Al día siguiente, desde Las Peñas, regresamos a caballo y le hicimos una buena cura, ya con material, que cuando yo llegué no tenía nada con qué curarlo.

Hay una cosa muy interesante y es que en el camino nos encontramos con las fuerzas de *Guillermo García* que bajaba; iba rumbo a Limoncito, Comandancia de *Guillermo García*, y con una señora, como de cincuenta años de edad, con una hernia estrangulada y hemos estado como cuatro horas queriendo resolver el problema, ya que era imposible operar allí en aquellos momentos; estaba lio-viendo

torrencialmente y al fin pudo resolverse esa hernia estrangulada mediante taxis.

Indagamos si la podíamos trasladar, si la podíamos llevar a La Plata, pero como estaba el camino era imposible, y esto fue precisamente en el lugar en que estaba acampado *Guillermo*.

Después, de la parte médica, en La Plata, hay cosas muy interesantes, por ejemplo, todas aquellas reuniones que se hacían allí, aquellas mesas redondas donde nosotros aprendimos muchas cosas, que eran un poco jocosas en ocasiones, en otras muy serias, puesto que realmente se discutían cosas interesantes y los compañeros todos tenían un gran interés.

Recuerdo un caso que fue operado por *Trillo*, con la asistencia de *Ordaz* como anestesista —no sé si ustedes se acuerdan—, *Laferté*.

Laferté es uno de esos casos curiosos que indican lo difícil que es la medicina en determinadas condiciones cuando nosotros nos hemos acostumbrado al laboratorio, a la radiografía y demás, y que muchas veces hacer un diagnóstico única y exclusivamente clínico trae o puede traer consecuencias hasta fatales para el paciente.

Se le diagnosticó una apendicitis. Tengo la seguridad de que todos los síntomas clínicos eran evidentes, porque *Trillo* era un gran cirujano, no podía equivocarse, y sin embargo, después de operado, se presenta un cuadro de dolor abdominal que persiste; la fiebre se hace intensa y demás, y era francamente un cuadro de tifoidea. *Trillo* estaba muy preocupado porque él decía: “Chico, ¿será una peritonitis?”, porque en las condiciones en que se hacía una intervención de vientre allí, por mucho cuidado que se tuviera no había la garantía que hay en un centro hospitalario. Entonces me consultaron a mí como médico viejo y yo recordaba entonces cuadros de la tifoidea que ellos posiblemente no tuvieron, o no habían visto, o si no muy poco, y digo: “Chico, este hombre lo que tiene es una tifoidea. No lo abran más, vamos a darle cloramfenicol y este hombre se cura”. Y así fue.

Es de esos casos muy interesantes, porque es la experiencia de haber vivido una época muy distinta... Cuando yo me gradué tuve que ver muchos casos de tifoidea y ver escrito en los libros el caso ése —en los libros clásicos— porque ya eso prácticamente no se ve, los casos de tifoidea que simulan una apendicitis los

trae la literatura antigua, yo los conocía... ¡triste privilegio de los años! Y ése era el caso de *Laferté*.

Hay otro caso muy interesante, que yo oía al doctor *Ibieta* hablando de la miasis y de que ellos no habían tenido en el campo ningún caso de tétanos ni de gangrena, y sin embargo, a nosotros nos llegó allí un jamaicano— recuerdo que era un jamaicano ya bastante viejo— herido por una bomba o por un casco de metralla —no sé bien, no recuerdo bien como fue— de la aviación, que tuvo una gangrena y tétanos.

Había mejorado algo con la cantidad de suero que se le ponía, la penicilina y demás, cuando se presenta una miasis. Y cuando se presentó la miasis, yo, recordando lo que había leído en otras épocas del drenaje que hacían las larvas de moscas en las heridas y el resultado que se había tenido en la guerra del 14 y después en la guerra española, pues yo les aseguraba a *Ordaz* y a *Trillo* que el hombre se salvaba, porque precisamente lo que venía a salvar la situación era la infección que él tenía de la miasis, es decir, de las larvas esas. Y efectivamente, nuestro jamaicano se salvó y yo sigo pensando que fue, más que el suero que le poníamos, la penicilina y la mosca las que resolvieron el problema del tétanos de aquel hombre.

Tuvimos otro caso muy interesante. Una noche de aquellos temporales que nos azotaron, nos mandaron a buscar estando ya en Las Vegas de Jibacoa, para un parto, y el parto era un parto triple. Nosotros llegamos ya en el último niño, el tercero, ya había expulsado dos fetos. Los tres nacieron vivos, no eran de tiempo, eran prematuros y murieron más que nada por el estado de desnutrición que tenía la madre y porque, desde luego, no había recursos de ninguna clase para salvarlos. Eran tres —creo que hasta *Celia* dio el parto por Radio Rebelde— me informaron eso después, que creo que ustedes habían dado la noticia por radio...

Esa noche pasé unos de los dolores de cabeza más grandes de mi vida. La mujer había perdido mucha sangre. Sin embargo, la habíamos dejado bastante bien. Nosotros habíamos hecho una extracción manual de placenta rápidamente, porque la mujer se iba en sangre, con el temor de producirla una infección puerperal porque la asepsia no existía, y cuando ya nos retirábamos —y estábamos como a 100 metros de la casa— una gritería enorme: "Se murió, se murió".

Entonces tuvimos que regresar y nos encontramos que aquella pobre mujer, que nosotros habíamos dicho que no la movieran, la

habían levantado, y como tenía un grado de anemia tal, tuvo un síncope. Entonces ése era el problema que tenía. La acostamos otra vez, la volvimos a inyectar y efectivamente la pobre mujer se salvó y creo que no tuvo ni una décima de fiebre, a pesar de haber hecho una extracción manual de placenta en condiciones duras, solamente lavarme con alcohol —ni jabón ni nada de eso— y quemarme las manos y antebrazos con yodo. Esa fue la única asepsia que se hizo y tuve que hacer urgentísimo una extracción manual de placenta porque se iba en sangre la mujer. Pero las criaturas no pudieron resistir y murieron.

Yo creo que éstos son los casos más interesantes desde el punto de vista médico.

Desde luego, allá *Faustino*, nos honró con el cargo de Delegado de la Administración Civil en el Territorio Libre, y ya eso nos dio una serie de responsabilidades que procuramos llenarlas cabalmente.

Quizás lo más interesante que pueda decir es algo que probablemente ninguno de ustedes conozca, y es cómo celebramos nosotros el 1ro. de Enero en Las Vegas de Jibacoa. Lo celebramos con una asamblea de campesinos.

En esa asamblea de campesinos se acordó el plan de trabajo de aquel vecindario en el año que se iniciaba. Así fue cómo nosotros celebramos la caída del tirano, con un plan de trabajo para el año 1959, donde se acordaron numerosas mejoras para la comarca.

Creo que es una cosa simpática porque fue una manera original de celebrar la caída del tirano. Nos quedamos en la Sierra hasta que *Aldo Santamaría* nos mandó a buscar; entonces bajamos con los muchachos que estaban en la Mina. Fuimos a Santiago. que creo era sobre el 7 o el 8 de enero, y después empezamos a trabajar con el compañero *Faustino* en el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados.

(*Granma*, diciembre 9 de 1967, n. 302 a. 3 p. 3).